Tom Ginsburg, académico:

“Chile debería esperar al menos una década antes de pensar en una nueva reforma constitucional”

Por Muriel Alarcón

“No es una sorpresa. Lo decían las encuestas. Entre quienes hablé, la mayoría sugirió que la propuesta probablemente fracasaría. El momento actual en Chile es muy interesante. Una forma de pensar en lo sucedido es que en estos dos procesos consecutivos, ninguna de las partes pudo resistir la tentación de impulsar elementos de su propio proyecto político, en lugar de encontrar el centro de la sociedad chilena. Es por eso que ambos fracasaron”, dice el norteamericano Tom Ginsburg, profesor «Leo Spitz» de Derecho Internacional y director del Foro sobre Libertad de Investigación y Expresión de la U. de Chicago, a horas de que los chilenos hubieran rechazado una segunda propuesta de nueva Constitución con un 55% de votos.

Ginsburg ha seguido de cerca ambos procesos chilenos durante años en su rol de co-director del Comparative Constitutions Project, un proyecto de estudio mundial dedicado a comparar y analizar constituciones de diferentes países desde 1789, con el objetivo de identificar patrones, tendencias y lecciones en diversos contextos.

“Supongo que es una oportunidad perdida”, continúa el experto sobre los recientes resultados en Chile. “Pero, al final, como he dicho, el principal problema de la constitución de Pinochet era que era la constitución de Pinochet. Y sí, hay cosas que tal vez necesitaban reformas, pero, sobre todo, ha sido un proyecto simbólico para liberar al país de esa generación y esa tradición y resulta que al país no le importa mucho el simbolismo”.

—¿Cómo interpreta la paradoja de que sea, a pesar de ser criticada, la Constitución vigente en Chile?

—Hay un resultado muy famoso económico, asociado a un matemático francés, el Marqués de Condorcet, en el siglo XVIII, y luego traído a la modernidad por el matemático norteamericano Kenneth Arrow. Sugiere que cuando a la gente se le ofrecen opciones binarias, sí o no, los resultados serán a menudo muy inestables. Entonces, la constitución de Pinochet puede que no haya sido la primera opción de nadie, pero fue la segunda opción de todos en estos dos procesos.

—¿Cómo sitúa el caso chileno en el contexto global?

—Estamos en un momento curioso en el que en todo el mundo se rechazan propuestas constitucionales, incluso las muy buenas. En Australia, a principios de año, hubo una propuesta de reforma constitucional muy pequeña para darle a los pueblos indígenas una voz, un derecho de consulta en las políticas públicas. Fue muy modesta y fue rechazada abrumadoramente por el público australiano. En Gambia han estado intentando redactar una nueva constitución desde que su dictador se fue en 2018, y no han podido aprobarla, aunque probablemente sea mucho mejor que la anterior. Así que podríamos estar en el fin de la era de la elaboración de constituciones a nivel mundial en las democracias (...) Chile parece encajar en esto: la gente, al final, está más preocupada por sus problemas locales que por los grandes desafíos macro de la sociedad. En otras palabras, la gente es conservadora moderada cuando se trata de constituciones en estos días. Y Chile, por supuesto, es una sociedad conservadora moderada, por lo que no sorprende que haya sido parte de esta tendencia global.

> El experto en constituciones dice que los recientes resultados indican que los chilenos no quieren un cambio constitucional macro, sino que “más microcambios en la forma en que viven los problemas del día a día”.

—Que el voto de rechazo en esta elección fuera más bajo que el de la pasada, ¿podría decir que los votantes fueron más receptivos a este texto que al anterior?

> No creo que la lección sea que los chilenos estén perfectamente de acuerdo con las instituciones existentes”.

—Cuando leí este último borrador me pareció que técnicamente era mejor (que el previo), que fue elaborado de manera muy apresurada al final y no muy bien escrito técnicamente. Pensé que habían aprendido un poco, tratando de asimilar algunas ideas de la Convención de una manera más moderada. Obviamente no fue un borrador plurinacional, pero sí reconocía a los pueblos indígenas y prestaba cierta atención al medio ambiente. Pensé que había un intento de encontrar un punto medio, pero en algunos temas, como el aborto, no fue el caso. Me interesaría estudiar más cuáles fueron los principales temas desde el punto de vista del público chileno. Por ejemplo, si es que este borrador se habría aprobado si no hubiera dicho nada sobre el aborto.

“Oportunidades sin hacer una reforma constitucional”

—¿Qué lección Chile debería aprender de estos dos procesos?

—Debería tratar de abordar estos temas en los que hay consenso en Chile y la sociedad. Los derechos de los consumidores, una mayor protección ambiental, la discapacidad, la participación pública... son cosas sobre las cuales aparentemente hay consenso y creo que Chile debería tratar de promover esos objetivos políticos particulares a través de la legislación, a través del proceso político ordinario. Entonces, creo que ahora hay oportunidades para mejorar la gobernanza real en Chile sin hacer una reforma constitucional, aprendiendo las lecciones de estas cosas.

—¿Qué opina de que Chile acuda a una pausa constitucional?

—No ha habido ninguna ruptura ni ningún quiebre y eso significa que hay una pausa en la elaboración de la Constitución; sí creo que es importante que la clase política aprenda la lección del doble rechazo. Y no creo que la lección sea que los chilenos estén perfectamente de acuerdo con las instituciones existentes. Creo que lo que dicen los chilenos es: “no queremos un cambio constitucional macro”. “Queremos más microcambios en la forma en que vivimos los problemas que vemos en el día a día”. Y eso es, en cierto sentido, una pausa constitucional, como dices. Requiere entrar en los detalles reales de la gobernanza haciendo algunas de las cosas que esta Constitución dice que haría, proporcionando más protección a la familia, proporcionando centros de cuidado infantil, por ejemplo. No se necesita

una constitución para hacer eso. Entonces creo que eso sería, en cierto sentido, una pausa constitucional. Pero no sería dejar de intentar solucionar los problemas de la sociedad.

—¿Cómo se puede avanzar con un sistema político tan polarizado y un gobierno en crisis?

—Si Chile puede resolver eso, espero que envíen un memorándum a EE.UU. porque nosotros también tenemos el problema. Muchas sociedades están sufriendo esta polarización grave. Como resultado, muchos sistemas políticos no están aplicando las políticas que la mayoría de la gente quiere. Ahora podría haber una gran oportunidad en Chile. Si los dos bandos polarizados reconocen que ninguno puede dominar al otro y escuchan a la gente que exige soluciones prácticas a problemas reales, tal vez podrían implementar reformas que reducirían la polarización y aumentarían la capacidad de respuesta. Pero existen estas fuerzas estructurales que están empujando hacia la polarización y no creo que haya una solución mágica. (...) El estilo de hacer política ha caído en gran medida en demonizar al otro lado para obtener alguna ventaja. Sería fantástico si algún liderazgo fuera capaz de decir: "Vamos a trabajar con la otra parte y ambas partes harán algo importante para resolver estos problemas prácticos".

—Horas atrás, el Presidente dijo que el proceso constitucional se cerraba durante su periodo. ¿Quedan oportunidades para que Chile avance hacia una eventual reforma constitucional?

—Creo que Chile debería esperar al menos una década antes de pensar en ello. (...) El simbolismo de una mala constitución es un problema, pero ¿es una prioridad tan alta cambiar el símbolo? No sé. Así que tal vez Chile debería esperar una década u otros 40 años. Otra generación. Es muy paralelo a la situación en los EE.UU. Ya sabes, durante muchos años pensamos que nuestra constitución era lo mejor. Ahora sabemos que hay muchos problemas y, sin embargo, no podemos solucionarlos. Es demasiado difícil cambiar. Incluso su simbolismo ha sido criticado porque reconocemos que no fue adoptado de manera inclusiva. Fue adoptado por un pequeño número de hombres. Y aún así, si lo hacemos, no veo mucho apetito por una reforma constitucional importante. Y si intentáramos hacerlo, en mi opinión, en realidad aumentaría la polarización, no disminuiría. Entonces, tal vez para Chile el detener este proceso de elaboración de constituciones, se reduzcan los riesgos de la política de tratar de controlar todas las instituciones y estampar su visión en todo el sistema político. Las élites políticas ahora se centrarán más en las cosas más pequeñas, que están menos en juego, pero que tal vez son problemas más solucionables. Sospecho que es lo que los chilenos quieren de su gobierno. Y tal vez tengan la oportunidad de mostrarnos cómo se hace.

Claudia Heiss, politóloga:

"Ese 55, 56% no es que sea todo de izquierda"

Académica de la U. de Chile dice que "Chile Vamos se convierte en la opción más viable de la derecha".

Por Martín Romero E.

"No recuerdo una elección que tuviera tan poca efervescencia, ni en el conteo, ni en los discursos. Como que no fue un triunfo de nadie", dice Claudia Heiss, jefa de la carrera de Ciencia Política de la U. de Chile, académica de su Facultad de Gobierno y doctorada en la New School for Social Research (EE.UU.).

—¿Y ahora qué, por ejemplo, con respecto al sistema político? Si el proceso concitaba alguna esperanza era en tratar de cambiar la actual institucionalidad.

—La discusión sobre el sistema político va a continuar. Puede haber reformas legales bien significativas, cambios en la ley de partidos, medidas antifragmentación o que mejoren la vinculación de los partidos con la ciudadanía. Hay un espacio para hacer una discusión más reposada sobre las deficiencias del sistema, como por ejemplo el uso de las acusaciones constitucionales.

—¿Es posible rescatar algo del texto rechazado? Si bien hubo críticas en puntos específicos —como la reducción de parlamentarios y el tamaño de los distritos— el sistema político no generó tantas críticas como otras áreas (derechos sociales, de la mujer, laborales, etc.).

—Establecer un piso mínimo de un 5% para tener representación en el Congreso concitó respaldo, pero respaldo en los partidos grandes. Es importante pensar formas de reducir la fragmentación, pero una regla como la del 5% tenía por detrás una lógica de retorno al binominal, de volver a tener el control que se tenía antes del sistema proporcional: reducir el número de partidos, de diputados y senadores. Sin embargo, eso puede afectar la representatividad; era una forma demasiado tosca de buscar enfrentar el problema. El problema que tuvo Chile en los últimos años, fueron las dificultades de representación y eso está en la base de los movimientos sociales y el estallido. Pensar en el binominal o en la política de los acuerdos de los 90 como la panacea, es negar la situación de exclusión y de desvinculación de las élites de las bases sociales.

"No recuerdo una elección que tuviera tan poca efervescencia, ni en el conteo, ni en los discursos".

—Claro, el viejo problema de tratar de generar gobernabilidad sin perder representación.

—No quiero desmerecer los peligros que para la gobernabilidad tiene la fragmentación. Hay que tener mayor control sobre los militantes, tomar medidas contra el discolaje, contra el personalismo en la política. Pero tratar que la política represente proyectos colectivos, no creo que se pueda hacer por secretaria, simplemente cambiando una norma, dándole al "dueño" de un partido la capacidad de controlar cómo funciona. Tenemos que robustecer la vinculación entre los partidos y la ciudadanía. Medidas como la del 5% o reducir los diputados puede ser peor al final.

—¿Qué reformas políticas deberían ser discutidas con urgencia?

—Hay que buscar formas de reducir la fragmentación e incentivar la cooperación que no existe. ¿Cómo hacerlo? Es súper complejo; se ha propuesto terminar con los pactos, ya que éstos esconderían a grupos pequeños que no competirían de forma leal, ya que sólo suman votos al interior de una formación mayor. No estoy segura, pero se vendió con demasiada simplicidad la idea de que poner un umbral del 5% iba resolver todos los problemas del sistema político.

—Tú eres cercana ideológicamente a este Gobierno. ¿Cómo crees que quedó tras el resultado?

—Soy «boricista» de corazón. Le da al Gobierno un poco de respiro en términos de que por lo menos no "derechiza" a la derecha como hubiera ocurrido de ganar el «A favor»; eso hubiera hecho imposible cualquier negociación parlamentaria en los temas urgentes... Fíjate que estaba viendo algunos análisis de gente que dice que el resultado es una derrota para Chile Vamos y no sé; fue una derrota para republicanos, no sé si para Chile Vamos. Chile Vamos se convierte en la opción más viable de la derecha y eso podría abrirle un margen para acercarse más al centro.

—A pesar de la derrota, un 44% no es tan malo.

—Exacto. Y ese 55, 56% no es que sea todo de izquierda. Allí se incluye a gente que no quiere cambios, puede haber gente muy conservadora en ese porcentaje. No veo que el gran derrotado sea Chile Vamos.